

A AURORA Y FIDEL,
QUE SE CANSAN DE ORAR PORQUE LES PARECE QUE DIOS NO RESPONDE

Queridos amigos:

En nuestro último encuentro, hablasteis con rotundidad. Todos se os quedaron mirando cuando afirmasteis que cada vez confiáis menos en la oración. Os parece inútil pedir puesto que Dios no responde. Esa es vuestra experiencia.

Fernando entonces os recordó las palabras del maestro de Nazaret: *“Pedid y recibiréis... pero pedid sin cansaros”*.

Efectivamente. Fernando tiene razón. La perseverancia en la oración es la clave.

Me he quedado preocupado por vuestras palabras y por eso os escribo una pequeña reflexión en cuatro puntos:

1 – Dios se retrasa, pero siempre llega

Santa Mónica es un gran ejemplo de perseverancia en la oración. Su joven hijo Agustín, el gran San Agustín, se extravió en su juventud cediendo al vicio y cayendo en la herejía. Tras mucho orar y mucho llorar, Mónica logró al fin su conversión.

San Ambrosio, su director espiritual, había tratado de consolarla muchas veces diciéndole:

“No es posible que perezca un hijo de tantas oraciones y lágrimas”.

Sí, la perseverancia es una de las condiciones de la oración eficaz. Los santos son claros cuando hablan de la necesidad de tener paciencia. Así lo hace **San Agustín**:

“Vete al Señor mismo, al mismo con quien la familia descansa, y llama con tu oración a su puerta, y pide, y vuelve a pedir. No será él como el amigo de la parábola: se levantará y te socorrerá; no por aburrido de ti; está deseando dar; si ya llamaste a su puerta y no recibiste nada, sigue llamando que está deseando dar. Difiere darte lo que quiere darte para que más apetezcas lo diferido; que suele no apreciarse lo aprisa concedido”.

2 –La oración exige perseverancia.

La perseverancia en la oración necesita del esfuerzo de una determinada determinación, ya que *“Dios es amigo de ánimas animosas”*, dice **santa Teresa**.

Orar en los momentos de dulzura, de sentir a Dios cercano, de trato fácil, no tiene tanto valor. Perseverar en momentos de sequedad, de desierto, de ausencia de Dios, exige mucha fe y valor. Y para eso no es necesario muchas palabras bonitas, que nos salgan en discurso maravilloso, que tengamos unos pensamientos excelentes. No. Nos basta el estar ahí, junto al Maestro, el Amado, que sabemos que nos ama, a pesar de que no

sintamos ese amor; que somos conscientes de que su delicia es estar con nosotros, a pesar de que nosotros queramos huir y escapar.

Una oración verdaderamente eficaz es aquella que nos enseña **Carlos de Foucauld**, el místico del desierto:

*“Padre, me pongo en tus manos,
haz de mí lo que quieras,
sea lo que sea, te doy las gracias”.*

Perseverar es esperar a que Dios obre, abandonarse a un Dios como se abandona un niño en brazos de su madre, es no mirar el reloj y dar el tiempo por perdido, aunque será bien ganado. Quien persevera llegará al puerto de la salvación. Así lo dice **santa Teresa**:

“Si persevera en la oración, por pecados y tentaciones y caídas de mil maneras... en fin, tengo por cierto la saca el Señor a puerto de salvación” (V 8, 4).

La oración exige entrega y perseverancia. Solo pueden perseverar los que se determinan a ser amigos fuertes de Dios.

En todas nuestras relaciones amorosas, como dijo **Somerset -Ward**:

“La perseverancia es el signo más seguro del amor”.

3 – La tardanza de Dios en contestar nuestra oración tiene una razón: agrandar nuestro corazón.

Dios se retrasa en contestar y en conceder lo que se pide. Por eso necesitamos echar mano de la paciencia y perseverancia. Dice el **Cura de Ars**:

“Vemos muchas veces que el Señor no nos concede enseguida lo que pedimos; esto lo hace para que lo deseemos con más ardor, o para que apreciemos mejor lo que vale. Tal retraso no es una negativa, sino una prueba que nos dispone a recibir más abundantemente lo que pedimos”.

San Gregorio Magno lo dice de otra manera:

“Dios quiere ser rogado, quiere ser coaccionado, quiere ser vencido por una cierta importunidad”.

4 – Pero Dios no falla nunca a su debido tiempo

Dios no falla y llega a tiempo. Así lo confirma **san Juan de la Cruz** cuando dice:

“Comprendan todas las almas que, si Dios no les cumple enseguida lo que le piden y necesitan, no fallará a su debido tiempo si ellas son constantes y no desmayan y se desalienta”.

Dios no falla nunca si somos constantes, si perseveramos hasta el final.

La perseverancia lleva consigo el pedir una y mil veces.
Cuando falla la oración es porque no estamos preparados para pedir y recibir.
Dice **San Juan Crisóstomo**:

“Cuando digo a alguno: Ruega a Dios, pídele, suplícale, me responde: ya pedí una vez, dos, tres, diez, veinte veces, y nada he recibido. No ceses, hermano, hasta que hayas recibido; la petición termina cuando se recibe lo pedido. Cesa cuando hayas alcanzado; mejor aún, tampoco entonces ceses. Persevera todavía. Mientras no recibas pide para conseguir, y cuando hayas conseguido da gracias”.

“E igual que tenemos que ser perseverantes en nuestra oración, tenemos que ser constantes cuando pedimos por los otros. La necesidad nos obliga a rogar por nosotros mismos, y la caridad fraterna a pedir por los demás. Es más aceptable a Dios la oración recomendada por la caridad que la que es impulsada por la necesidad”.

Nunca se consigue gran cosa en la oración sin la perseverancia. Sólo la perseverancia nos ayudará a progresar en el camino oracional y a mantenernos firmes.

Espero, amigos Fidel y Aurora, que estas reflexiones os animen a no desconfiar nunca de la oración. Seamos pacientes. Confiemos en Dios.

“Nuestro auxilio es el Nombre del Señor” (Sal 124, 8).

Un abrazo

Florentino Gutiérrez Sánchez. Sacerdote
www.semillacristiana.com

Salamanca, 2 de febrero de 2017